

La integración europea en una perspectiva mundial

Huelga recordar el carácter singular de Europa en el mundo: Entre los siglos XVI y XX Europa conquistó y colonizó a los demás continentes, las dos guerras mundiales se libraron esencialmente en su territorio, y la guerra fría la dividió en dos. Europa es, pues, un problema mundial. Este dato básico de la geopolítica y de la historia de la humanidad desde el inicio de los tiempos modernos es un lugar común, o en cualquier caso así debería considerarse.

Ahora bien, este lugar común parece haber sido olvidado por los mismos que se ocupan de la construcción de una Europa nueva e integrada, que tratan el problema como si fuera un problema regional, y piensan y dicen que los países europeos pueden resolver sus problemas entre ellos sin preocuparse del resto del mundo, sin incluir al mismo tiempo a otros países en esta construcción institucional.

En otros términos, la ideología que preside la integración europea es la de la construcción gradual de un superestado regional.

Lo erróneo de esta interpretación en los umbrales del siglo XXI se ve con especial claridad en la esfera de la seguridad. Pero se ve igualmente en los sectores económico, político y cultural.

Así pues, lo que debería prevalecer es, por el contrario, una ideología de construcción de un sistema planetario a través de Europa.

La falta de claridad en la concepción de Europa como problema regional

Por todas partes surgen interrogantes y sugerencias respecto de las nuevas estructuras institucionales europeas, que deberían facilitar la adaptación al nuevo mundo resultante de las transformaciones ocurridas en los países comunistas de Europa del Este y en la URSS. La situación, tal y como la percibe actualmente la clase política, es en términos generales la siguiente:

- 1) Desaparecen las estructuras institucionales que lo sostenían todo: las alianzas militares, que se apoyaban entre sí para asegurar la estabilidad del edificio, se han mantenido durante algún tiempo para poder preparar los acuerdos de desarme, pero la desaparición del Pacto de Varsovia hace que la OTAN haya perdido una gran parte de su importancia; los países de la fortaleza rusa optan por la libertad; la hegemonía militar norteamericana en Occidente es objeto de debate; el proceso de construcción europea de los 12 países debe revisarse y corregirse; la reunificación de Alemania crea una situación nueva. Se deja sentir por doquier la necesidad de un nuevo sistema que garantice la coherencia del conjunto.
- 2) Estos cambios parecen producir riesgos y peligros nuevos, que pueden dividirse básicamente en tres tipos:
 - el peso político y económico de la Alemania reunificada, que podría poner en entredicho la construcción europea de los 12 países, instaurar una nueva hegemonía y provocar reacciones peligrosas;
 - los peligros resultantes del despertar de las ambiciones nacionalistas y los conflictos étnicos en Europa oriental;
 - el peligro, por último, de desestabilización de un imperio ruso que podría "explotar", provocando un retorno del estalinismo, o el caos.
- 3) Un gran número de problemas económicos nuevos los plantea la coexistencia, en lo que se está convirtiendo en un mismo espacio político, de países con niveles de desarrollo económico muy dispares; todo el mundo admite que, si no se encuentra una solución rápida, cabe prever repercusiones sociales y políticas peligrosas.
- 4) Se está registrando ya un proceso de reorganización, bien para atender a lo más urgente (creación del Banco Europeo de Desarrollo), o bien para llevar adelante, acelerándolas, las correcciones que se había empezado ya a introducir en el edificio: continuación de la construcción del mercado único, aceleración de las negociaciones de desarme, debate en curso para hacer más precisas y más obligatorias las medidas de seguridad militar ... Sin embargo, todo esto se hace sin que sepamos exactamente a dónde vamos, ni qué estructura de conjunto estamos esbozando.
- 5) Los tipos de solución previstos son esencialmente federales o confederales, en un área

geográfica cuyos límites no están claramente definidos (¿Europa sin la URSS, Europa "del Atlántico a los Urales", Europa más el conjunto de la URSS?). Se trata, en conjunto, de formas tradicionales de organización política:

- Estados-naciones: Alemania ha recuperado su unidad; los países Bálticos su independencia;
 - Federaciones: la Europa de los 12 podría acelerar el proceso que la conduce hacia un conjunto más unido, cada vez más supranacional, empezando con el establecimiento de la unidad monetaria; la URSS podría convertirse en un Estado federal, lo que permitiría calmar los independentismos que amenazan su unidad.
 - Confederaciones: el conjunto de los Estados europeos (con o sin la URSS) podría constituir una confederación, con grados diversos de integración regional (Europa de los 12, un espacio económico europeo que comprenda los siete países miembros de la AELC -Asociación Europea de Libre Cambio-, la organización de vínculos más flexibles con los países del Este, a plazo medio la posible adhesión a la CEE de los miembros de la AELC, de Turquía, de Hungría y Checoslovaquia, de Polonia ...).
- 6) Más recientemente se han incorporado al debate ideas y proposiciones relativas a la "Europa de la defensa", como un paso previo a la unión política; la estructura de la DEO (Unión Europea Occidental), de la que forman parte solamente nueve Estados miembros de la Comunidad, debería completarse y quizás ampliarse. Así Europa podría hablar más fácilmente con unanimidad, y se dotaría de medios de hacer oír su voz'.
- 7) Las diversas soluciones expuestas representan naturalmente visiones políticas contradictorias, y el conjunto no parece por el momento muy convincente. Las divergencias sobre la construcción del conjunto hacia el que deberíamos avanzar subsisten o se agravan, tanto más cuanto que nadie propone una visión clara, satisfactoria y completa.

Es cierto que la fiebre reformista que se manifiesta en el discurso político en el plano institucional contrasta con el precedente inmovilismo, y no carece de cierta audacia. La construcción del mercado único es difícil y exige valor; los progresos hacia la unión monetaria están acabando con ciertos tabúes; la apertura al Este se efectúa con una cierta continuidad; por último, en el marco de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE) han aparecido, y han empezado a aplicarse, las ideas más innovadoras sobre la reducción de armamentos y el control recíproco. Pero toda esta audacia, que en el caso de la CSCE excede incluso del marco europeo para alcanzar, parcialmente, a la URSS y a Norteamérica, necesita para sostenerse una ideología rectora que no ha encontrado más que la idea de un superestado regional, pero sin decirlo claramente y sin llegar a definir sus fronteras.

El irrealismo ejemplar de "la Europa de la defensa"

La reciente reaparición en el discurso político de la idea de "defensa europea", de una "Europa de la defensa" ("asegurar nuestra condición europea de gran potencial mundial", "Europa verdaderamente unida por un esfuerzo de integración política y militar", "Europa será estratégica o no será", etc.) es el ejemplo más evidente de esta concepción de un superestado del tipo "Estados Unidos de Europa" que equivaldría, a este lado del Atlántico, a la gran potencia que son los Estados Unidos de América. De esta manera se contrarrestarían la hegemonía estadounidense y la potencia económica japonesa, y se establecería un mejor equilibrio internacional.

Puede decirse, en verdad, que se trata más de un fantasma que de una idea clara, que no siempre se ha presentado en términos tan absolutos como en las fórmulas citadas. Se habla con más frecuencia de un "pilar europeo de la OTAN". Se imagina una UEO ampliada a los doce países de la CEE y más integrada. Se trata más de una orientación que de una posibilidad inmediata. Además, la idea se abre camino en medio de una creciente confusión intelectual respecto de las condiciones futuras de la seguridad militar; las amenazas son ahora inciertas; se buscan los medios de mantener alianzas que perdieron su razón de ser (concepción "política" de la OTAN); el proceso de desarme continúa a pesar de la crisis del Golfo; se duda entre la adopción de una "visión paneuropea" que tiene el defecto de haber sido presentada por la URSS, pero que

inspiró en gran medida la cumbre de la CSCE, y una actitud más prudente denominada "continuidad flexible", etc.

Sin embargo, este fantasma de la defensa europea no está desprovisto de cierta lógica: la idea presenta la ventaja de estar contenida implícitamente en la de la construcción europea, en forma de confederación o de federación, y en la ampliación y fortalecimiento de la CEE; en cierto modo se pasa de forma natural de la idea de unión económica a la de unidad monetaria, y después política y "por consiguiente" militar. Se concibe así a largo plazo una especie de superestado regional que sustituiría por fusión a los Estados-naciones europeos en sus funciones esenciales. Se trata de un proceso intelectual insidioso, al que la crisis actual proporciona nuevos argumentos: interés para Europa de ser más coherente a fin de que los medios militares que deberían emplearse en crisis como la del Golfo no estén de hecho bajo mando americano, reducción de las fuerzas estadounidenses en Europa devolviendo a los países europeos la responsabilidad de su defensa, propuesta de Italia de integrar los aspectos de la defensa en el marco de la cooperación política de los Doce, para garantizar mejor la defensa del "flanco sur", etc.

Ahora bien, la idea de la "Europa de la defensa" es una idea retrógrada y peligrosa. Sólo tendría sentido si nos imaginásemos un mundo, en el año 2000, del modelo de 1939; es decir, un mundo en el que la seguridad, concebida como la resistencia a la invasión, está garantizada (además muy mal, como ha demostrado la experiencia) por ejércitos consagrados a la defensa de las fronteras; un mundo en el que cada estado asegura su "defensa nacional": la única diferencia sería que, en el caso de Europa, se ha pasado a un estado regional. Ahora bien, los problemas de la seguridad militar (ya completamente transformados en la época de la guerra fría por el hecho de que en cada campo la existencia de alianzas había eliminado la necesidad de que cada Estado defendiera sus fronteras contra sus vecinos y aliados), se plantean en los años 90 de un modo totalmente distinto. No es el momento pues, cuando la noción de "defensa nacional" está perdiendo su significado, de volverla a descubrir a una escala geográfica más vasta.

En segundo lugar, la idea de la "defensa europea" se basa desde luego en una serie de amenazas imaginarias que sus partidarios sitúan a la vez en el Este -donde las convulsiones del imperio soviético podrían crear situaciones imprevisibles y peligrosas- y sobre todo en el "Sur", donde la excesiva dotación de armamentos de los países inspirados en ideologías antioccidentales crea, como ha demostrado la guerra del Golfo, un peligro permanente. De hecho, y por razón de la imprevisibilidad de las modificaciones que se están produciendo, se trata en definitiva de una estrategia integral. Sin embargo, en lo que se piensa sobre todo es en el "Sur", y como los riesgos se ven a escala planetaria, el tipo de estructura militar que se recomienda es una "fuerza de intervención" a distancia, y por consiguiente un "instrumento de represión" cuya función esencial consistirá en mantener el statu qua, es decir un orden internacional absolutamente injusto y en lo esencial no democrático, pero que se estima favorable a la tranquilidad y a la prosperidad de los países del Norte.

La idea de la "defensa europea" no solamente es anticuada, sino que además es peligrosa. No sólo recomienda la intervención militar como un medio normal, sino que además se constituye en vehículo de una filosofía que, al rechazar las evoluciones inevitables, tiende a provocar las catástrofes, en vez de tratar de impedir las. Por último, esta filosofía limita la concepción de la seguridad al área militar, en un mundo en el que los peligros no militares -económicos, ambientales, sociales y culturales- empiezan a tomarse muy en serio. Así pues, para garantizar su seguridad Europa tiene otras cosas que hacer, mucho mejores que resucitar un concepto caduco.

En lo que concierne a la vez a los riesgos (o "amenazas"), ya las técnicas que pueden utilizarse para garantizar la seguridad, hoy en día la situación es, en efecto, completamente distinta de la que prevalecía hace unos pocos años.

La naturaleza de los riesgos

Los riesgos a los que habrá que enfrentarse en el porvenir son totalmente distintos de los que existían antes de que terminase la guerra fría. Mientras que entonces se trataba de un solo riesgo de conflagración militar entre dos coaliciones, al que se respondía con la carrera armamentista, más un tímido intento de "control de los armamentos" y la treintena aproximada de conflictos

regionales y locales existentes en el Tercer Mundo en 1985² no amenazaban en modo alguno la estabilidad de los países del Norte, hoy en día vemos nacer una configuración de riesgos totalmente diferente y mucho más compleja.

La desaparición del peligro de conflicto Este-Oeste no requiere comentarios: los países del Norte, incluida la URSS, entran en una civilización post-industrial que puede calificarse de electrónica y nuclear, en la que, con 40 años de retraso:

- la existencia del arma nuclear obliga a adoptar estrategias políticas post-clauzewitzianas, en las cuales la guerra no será ya "la continuación de la política por otros medios";
- el modo de vida post-industrial y la búsqueda del enriquecimiento inducen a la opinión pública (en países del mismo tipo) a adoptar una visión pacífica y constructiva de las relaciones internacionales.

Los peligros militares de los países del Sur, países pobres cuyo modo de producción sigue siendo agropastoral y cuyas culturas continúan considerando la guerra como un medio político, conocen hoy en día una transformación: mientras que, por una parte, gracias al acuerdo entre las dos superpotencias vemos cómo se mitigan algunos conflictos regionales, los disturbios y los riesgos que subsisten y se desarrollan tienden y tenderán a poner cada vez más en entredicho el tipo de orden internacional y de explotación económica impuesta por los países del Norte a los países del Sur. La crisis y la guerra del Golfo ofrecen un ejemplo claro de lo que queremos decir, esto es, la brecha cada vez mayor que separa a las masas árabes de Occidente.

Y es precisamente por ello por lo que, si bien es posible imaginar otras crisis que pongan en peligro a Occidente por el hecho de que los países pobres poseen armas sofisticadas y porque las amenazas contra los suministros de materias primas pueden perturbar la economía mundial, aún es más importante preocuparse de los riesgos no militares, que están adquiriendo una gravedad mucho mayor que los militares.

Bajo el efecto de la enorme presión ejercida constantemente por las fuerzas económicas que exigen un espacio mundial, y por las fuerzas demográficas que desequilibran la distribución del espacio en favor de las masas pobres del Sur, las crisis que se están preparando serán probablemente de todo orden:

- migraciones masivas del Este al Oeste, y sobre todo del Sur al Norte, capaces de desintegrar social y políticamente a los países ricos, cuyas fronteras pueden cruzar con la misma facilidad que las lluvias ácidas;
- enfrentamientos de culturas incompatibles, integrismos y otras ideologías que Occidente no podrá comprender ni admitir;
- reivindicaciones igualitaristas de un proletariado planetario que hoy en día está en condiciones de conocer las diferencias e imaginar los medios de reducirlas.

De hecho, hemos ingresado en la era de la integración -económica, social, cultural y política- de la sociedad planetaria; ahora bien, la integración de 4.000 millones de pobres, que en los 20 próximos años- serán 6.000 millones y de menos de 1.000 millones de "ricos", no dejará de provocar cataclismos si no se hace nada para prevenirlos y controlarlos.

La evolución de las técnicas de seguridad

En cuanto a saber si estamos equipados para responder eficazmente a esta nueva configuración de los riesgos, la respuesta es distinta según se trate de riesgos militares o no militares. En lo relativo a la seguridad militar, las fórmulas establecidas para mejorar las relaciones Este-Oeste constituyen de hecho una verdadera innovación metodológica que puede muy bien aplicarse a los riesgos procedentes del Sur. Esta innovación se basa en la aplicación simultánea de tres técnicas:

- la aceptación de medidas de verificación y de coacción;
- el desarme gradual que tiene por objeto la desaparición de las amenazas militares (mediante la institución de sistemas esencialmente defensivos);
- la adopción de políticas de cooperación en numerosas esferas.

Estas técnicas -que representan una aplicación ampliada del "control de los armamentos"- se desarrollaron sobre todo en la CSCE, en la CDE y en las negociaciones CFE 1 y START. En

cambio, en lo relativo a los riesgos no militares no disponemos por el momento de técnicas adecuadas, experimentadas y aceptadas. Estos riesgos son relativamente nuevos, y aunque no faltan señales de alarma y la inquietud a su respecto va rápidamente en aumento (en lo relativo a las migraciones o el medio ambiente), ni la opinión ni los gobiernos parecen comprender exactamente su importancia ni su inminencia. Sin duda alguna, el riesgo más visible es el de las migraciones masivas que podrían desintegrar el tejido económico, social y político de los países ricos. Pero seguimos viviendo en la ilusión de que será posible controlar y cerrar las fronteras a estos movimientos, sin darnos cuenta de la ineficacia de las medidas que se están aplicando actualmente ni de la enorme presión que ejercerá un proletariado planetario cada vez más numeroso y mejor informado sobre los modos de vida de los países ricos. Sin embargo, debería estar claro que el único medio de resistir la presión de los pobres es hacer todo lo posible para enriquecerlos y permitirles que se enriquezcan en sus propios países.

Así pues, lo más urgente es hacer frente a esta nueva configuración de los riesgos. Es evidente que la "Europa de la defensa" es una respuesta totalmente inadaptada. En cambio, una estrategia de seguridad que responda a los riesgos reales puede basarse en:

- La negociación: el modelo CSCE es aplicable, por analogía, al resto del mundo. La idea de una CSCM (Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en el Mediterráneo) es particularmente importante para Europa, frente a los desafíos procedentes de los países del Sur más próximos, y en particular del Magreb. La situación en el Oriente Medio justifica también un nuevo planteamiento basado no en la venta de armas a los países de la región, sino en la asistencia económica, los intentos de hallar soluciones a los conflictos, el reconocimiento de las identidades étnicas, la democratización, la reducción de los armamentos, la observancia de los derechos humanos y la búsqueda de una mayor justicia social. Asimismo, es posible organizar otras conferencias sobre la seguridad y la cooperación en distintas regiones del mundo, con lo que los progresos hacia la seguridad, el desarme, el control recíproco y la confianza podrían hacerse extensivos a todo el planeta.
- La aplicación, en el interior de cada país, de un nuevo concepto de la seguridad, en el cual los riesgos no militares -en particular las migraciones masivas y el medio ambiente- ocupen el lugar que les corresponde. Esto debería dar lugar a una reconversión de los presupuestos de seguridad que, en vez de dedicarse únicamente a los ejércitos, deberían prever, junto a unos gastos militares muy reducidos, créditos para la ayuda al desarrollo económico y social de los países de origen de los posibles emigrantes, tanto del Este como del Sur, y los gastos necesarios para que los países pobres en vías de industrialización puedan respetar el medio ambiente. Sólo si los países del Norte consideran que un esfuerzo de este tipo es indispensable, podrán tener éxito las negociaciones sobre la seguridad y la cooperación con los países más pobres.

El papel de Europa en la preparación y la aplicación de estrategias de este tipo debería ser decisivo, ya que es en Europa donde se introdujeron las innovaciones fundamentales con las medidas de Helsinki.

Europa como molde de la unidad planetaria

Lo que es cierto en el plano de la seguridad -militar y no militar- lo es también en los planos económico, cultural e institucional. Ello se debe en primer lugar a que los problemas fundamentales en las tres esferas no son regionales sino mundiales. En segundo lugar, Europa no posee límites geográficos claros, y sus vínculos estrechos con el resto del mundo no deben cortarse, sino por el contrario fomentarse.

Las esferas económica y cultural

El debate sobre la "fortaleza Europa" en el plano económico ha demostrado sobradamente que la imagen de un mercado único encerrado en sí mismo y protegido contra la invasión de

inversiones extranjeras o de productos no europeos, es una imagen mítica. Las filiales o las sucursales de las empresas transnacionales estadounidenses o japonesas están ya bien instaladas en diversos países de la CEE, y las dificultades de las negociaciones del GATT sobre la agricultura han demostrado con creces que no se trata de un problema nuevo, y que la construcción del mercado único no añade nada a su especificidad.

En el plano económico, la dimensión mundial es evidentemente más importante que la regional. El término "interdependencia", que se utiliza corrientemente para designar este fenómeno, no da una idea exacta de la realidad de la economía planetaria, que hoy en día es la nuestra, ni de lo que podríamos llamar su "inmediatez" (las redes de telecomunicación pueden alcanzar instantáneamente a todos los públicos de todos los países). De hecho, la economía mundial ha alcanzado hoy un grado irreversible de "integración", no ya de "interdependencia".

Un sistema que dispone de un mercado financiero unificado, de un índice de crecimiento del comercio exterior de cada país que por término medio duplica a la tasa de crecimiento de las economías y de mecanismos que no limitan ya la extensión y la concentración de las empresas transnacionales y en el cual toda empresa, cualquiera que sea su importancia, prefiere dirigirse a los mercados exteriores antes que al mercado interno, puede llamarse justificadamente un sistema integrado. Ahora bien, esta es la primera vez que se plantea una situación así.

Desde este punto de vista, la caída de los regímenes comunistas en la URSS y en Europa del Este, y la apertura de China a las inversiones occidentales, no constituye en modo alguno un simple reconocimiento de la superioridad del régimen capitalista. Se trata de hecho del levantamiento del último obstáculo a la integración económica del mundo mediante la apertura de estos territorios, hasta ahora protegidos por su régimen diferente, a la acción de las empresas transnacionales y a todos los mecanismos planetarios que ya operaban en el resto del planeta. Sin duda existen grados distintos de integración; sin embargo, la integración económica se ve facilitada y desarrollada por la integración reglamentaria, fiscal y monetaria, que es precisamente la fase a la que se quiere llegar en el mercado único de la CEE y más aún por la integración social y política, etapa futura y lejana para la CEE, pero que ya se ha realizado en el interior de las nacionesestado.

Sin embargo, sería un error de perspectiva pensar que esta búsqueda de la integración social, reglamentaria, fiscal, monetaria y política, es un problema estrictamente europeo. De hecho, es una necesidad mundial en la medida en que la integración económica del mundo conduce irremisiblemente a su integración social, y porque si no se adoptan estrategias para que esta última integración se efectúe en modo ordenado y controlado, se efectuará por otros medios, que podrían ser catastróficos. Precisamente porque hasta ahora no se ha hecho nada serio a este respecto, es por lo que se corre el peligro de que se produzcan movimientos masivos de emigración. Ninguna sociedad integrada económicamente puede tolerar durante mucho tiempo situaciones de excesiva disparidad social, y en particular de grandes diferencias salariales para trabajadores de la misma categoría. Los movimientos de inmigración, oficiales o clandestinos, que se producen hoy no son más que signos precursores de fenómenos mucho más dramáticos.

Lo propio puede decirse del área cultural. La unidad de Europa debe superar, por ejemplo, la diversidad de sus lenguas. Ahora bien, si más allá de esta diversidad podemos hablar de "cultura europea", por razón de una historia común y de una interpenetración literaria y artística, y si es conveniente que el esfuerzo de interpenetración cultural se prosiga y se desarrolle en Europa, no es menos cierto que el esfuerzo de entendimiento intracultural es aún más necesario en el plano mundial. Los peligros de incomprensión entre las culturas del Norte y las del Sur pueden tener, para la paz y la seguridad de todos los países, efectos mucho más temibles que los de las diferencias culturales que persisten entre los países europeos.

El plano institucional y la falta de límites de Europa

Por último, es en el plano institucional donde se ve más claramente cómo la inserción de Europa en el mundo no le permitirá dotarse de un sistema cerrado sobre sí mismo, que haga de ella un superestado comparable a otros Estados continentales o subcontinentales regionales. El hecho de que Europa no tiene límites dentro de los cuales exista una identidad

colectiva exclusiva, y más allá de los cuales se sitúen otras colectividades con el sentimiento de ser verdaderamente ajenas, condena la idea misma de instituciones de tipo estatal regional. La distancia que existe hoy en día en cuanto a la prosperidad económica -pero también en cuanto a la cultura- entre Inglaterra y Albania, entre Francia y Grecia, entre Alemania y Turquía, entre España y Polonia, es quizás mayor que la que existe entre Portugal y Brasil, España y Argentina, Alemania y Rusia, Francia y Argelia o Inglaterra y los Estados Unidos.

La dificultad de delimitar las fronteras de lo que serían los "Estados Unidos de Europa" no se sitúa solamente al Este, en algún lugar entre Hungría y Bulgaria, entre Rumania y Ucrania, o ni siquiera en los Urales, retomando una fórmula célebre. El hecho de que Marruecos haya pensado, sin dejar de participar en la construcción de un gran Magreb, en pedir su adhesión a la CEE, no tiene nada de absurdo. La Carta de París para una nueva Europa, firmada por 34 Jefes de Estado entre los cuales figuraban el Presidente de los Estados Unidos de América, el Primer Ministro del Canadá y el Presidente de la URSS, es otra indicación de que una concepción paneuropea no es incompatible con la continuación de la integración monetaria, social y política de la CEE, ni con la búsqueda de una mejora del sistema internacional en su integridad.

De hecho, el movimiento de acercamiento económico y político que empezó con la Europa de los 6, que después pasó a ser de los 9, y por último de los 12, y que mañana podría componerse de 18 o incluso de 24 países, podría proseguirse gradualmente a través de formas flexibles de asociación con regiones que no se consideren geográficamente europeas, pero que deseen beneficiarse de acuerdos de libre comercio y de cooperación, armonizar en la medida de lo posible sus reglamentaciones, acoplar sus monedas al sistema europeo, participar en las mismas investigaciones científicas y tecnológicas, trazar planes comunes de inversión en transportes y comunicaciones, etc.

No se trataría en modo alguno de un renacimiento del colonialismo europeo. Por el contrario, gracias a la asociación a este movimiento de los Estados Unidos y la URSS, y mediante la ampliación de negociaciones del tipo CSCM que hemos mencionado antes, se aportaría una contribución importante al establecimiento de un sistema de relaciones internacionales mejor que el existente hoy en día.

La mundialización de todos los problemas -de la droga al SIDA, del medio ambiente a las fluctuaciones monetarias o petrolíferas, de la prosperidad a la recesión, de las migraciones a las cuestiones de seguridad militar o de derechos humanos- conduce a una búsqueda de nuevos mecanismos interinstitucionales para poder responder a esta situación. Pero esta búsqueda es aún vacilante, tímida y poco eficaz. Abarca la creación de nuevas instituciones internacionales especializadas, el establecimiento de una especie de dirección económica -el Grupo de los 7, que podría ir incluyendo paulatinamente a otras grandes potencias del Este o del Sur-, el papel más útil del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas gracias al acuerdo, quizás provisional, de sus cinco miembros permanentes, la multiplicación de las cumbres entre Jefes de Estado o de Gobierno, la tímida institucionalización de la CSCE, etc.

Pero estas tentativas de una mayor concertación para responder colectivamente a algunos problemas han sido hasta ahora muy modestas, y su eficacia en el plano económico o de la seguridad es discutible. De hecho, por causa de la marginación de las Naciones Unidas y de las organizaciones internacionales en general en las esferas económica y social, y del incierto consenso entre las grandes potencias en muchos sectores, nos encontramos, para responder a la planetarización de todos los problemas y a la aparición de nuevos peligros, frente a un vacío institucional a escala mundial. Y no hay, por ahora, una Constitución mundial que llene este vacío.

En cambio, el trabajo paciente de armonización reglamentaria, monetaria, social y política que se ha emprendido a partir de Europa podría, si se va extendiendo gradualmente a todo el mundo, con un criterio realista pero perseverante constituir uno de los medios más eficaces para ir edificando con paciencia una unidad planetaria.

En este caso Europa podría servir en cierto modo de molde para este objetivo, lo que no sería contradictorio en modo alguno con la persecución de la integración social y política en el núcleo que hoy en día constituye Europa Occidental. La perspectiva de una decidida apertura al mundo, dentro del marco de la

construcción de Europa, sería en último término más realista, útil y conforme a la vocación europea que el intento de constituir un superestado regional.

Traducida del francés

Maurice Bertrand

Notas

Maurice Bertrand es conseiller maitre honoraire en la Cour des comptes en Francia y profesor del Instituto Universitario de Estudios Internacionales, Ginebra, Suiza. Antiguo miembro del Cuerpo Común de Inspección de Naciones Unidas (1968-1985) y miembro del Grupo de los dieciocho expertos sobre la restructuración de la ONU (1986), es autor de diversos libros y numerosos artículos, entre los cuales cabe destacar *The Third Generation World Organisation* (1989). Su dirección: 45, rue de Meyrin, 01210 FerneyVoltaire, Francia.